

EL GORRIÓN ATREVIDO.

En un pueblo cualquiera con sus casas de fachadas blancas había, entre ellas, una deshabitada medio en ruina, con sus paredes negras y cazcarrientas, las tejas de la techumbre desordenadas por los vientos y las aguas, por tener cientos de años y, al parecer, deshabitada. Algunos seres vivientes la habitaban, siendo un delirio para ellos: ¡los gorriones!

Detrás de la casa, se encontraba un corral inmensamente grande, poblado de muchas plantas silvestres de ricas semillas para su sustento, y cientos de árboles frutales que les servían de dormidero y de los que degustaban también sus ricas frutas; era el sitio idóneo para esos nerviosos pajarillos ya que lo tenían todo a su alcance.

De una de las parejas que allí habitaban iba a suceder un trágico desenlace:

La mamá se llamaba Linda y el padre, Fuerte. En los primeros días de la primavera, como todos los años, con amor y pasión, formaron su nido con finos pastos terminándolos con delicadas plumas de otras aves como palomas o gallinas, siendo éstas las preferidas; siempre lo hacían en su teja de siempre, y con la ilusión de todos los años, y además, disfrutando del paraíso que a su alcance tenían, ya que iban y venían revoloteando cuantas veces se les apetecían.

Como es lógico, decidieron tener descendencia. Linda puso tres huevos; cada día se turnaban en el nido para que no les faltara el calor puesto que tenían que salir a comer y beber al menos dos veces al día durante su incubación, aunque Fuerte siempre estaba menos tiempo en el nido, ya que prefería estar fuera y estar alerta por si llegaba algún intruso, tanto gatos como culebrillas, y despistarlos para que Linda estuviera más tranquila ya que no eran pocos los que por la ruinoso casa merodeaban.

A los diecisiete días aproximadamente, en un día radiante lleno de luz, nacieron tres bonitos retoños, y como era lógico, Fuerte y Linda, con pasión de buenos padres, sólo les quedaba ya traerles sustento. Los dos les aportaban por igual y, a medida que pasaban los días, los pequeños fueron creciendo y vistiéndose con su fino y bello plumaje. Uno de los tres

era más travieso, queriendo abandonar el nido antes de lo previsto, pero Fuerte y Linda se lo prohibían.

Una mañana, al amanecer, alegre y contenta toda la familia decidió salir del nido y, al ver la luz resplandeciente del sol con toda su intensidad, los tres inocentes pajarillos por primera vez se quedaron asombrados cantando y saltando de alegría por el gran tejado. Linda y Fuerte gozaban al ver a sus vástagos alegres. Pinito que se creía más listo, revoloteaba por el tejado mientras que sus dos hermanos Lula y Polito, un poco más tímidos y miedosos, esperaban juntos y pacientes a que sus padres les trajeran la comida.

No pasaron más de dos días, cuando Linda y Fuerte decidieron que los crios visitaran el paraíso que les esperaba para disfrutar de todo cuanto se les apeteciera. Linda arropaba a los dos hermanos de Pinito, ya que los veía más torpes; ella los inducía para que la siguieran y Fuerte, estaba dándole consejos a Pinito, al otro lado del tejado, para que siguiera a sus hermanos aunque éste no quería obedecer a su padre y decidía irse, por todos los medios, al lado contrario.

De pronto, Lula y Polito juntos con su madre, volaron hacia el paraíso donde no les faltaría de nada pero Pinito insistía y, sin hacer caso de su progenitor, dio unos saltos y se puso al filo de las canales, mirando hacia el frente en la otra acera de la casa, y detectó que había otros colegas adultos que le tentaban, llamándolo con sus cantes para que los siguiera; luego, miró hacia abajo y vio un gran vacío. Su cuerpo se estremeció pensando que abajo podía estar el peligro, pero enseguida, mirando otra vez a sus semejantes y sintiéndose mayor, hizo el intento de volar para reunirse con ellos.

¡No lo hagas! – Gritó Fuerte con sus chirridos.

Pero éste no le escuchó y voló. Su padre, que sabía que no iba a superar el obstáculo, intentó en pleno vuelo ayudarlo con sus propias alas poniéndose debajo de él para conseguir que superara el vacío.

Pinito, con el ansia de llegar piaba tristemente y a pesar de que Fuerte le ayudó y que sólo le faltaban unos centímetros, no lo consiguió.

Por la pared arañaba con sus finas garras dejando marcas de angustia intentando suspenderse para no caer al suelo, ya que su instinto le decía que aquello podía ser el fin.

Una vez en el suelo y con la calle desierta, Fuerte volaba y bajaba una y otra vez para enseñarle a Pinito cómo tenía que remontar el vuelo, pero fue inútil.

Cansado por los esfuerzos que había hecho, sólo se limitaba a piar tristemente. De pronto, su padre ve cómo dos niños subían calle arriba jugueteando. Fue entonces cuando Fuerte lo intentó por última vez y Pinito quiso seguirlo, sin éxito.

No podía remontar el vuelo lo suficiente para salir del infierno que él mismo se buscó por desobedecer a sus padres.

Los niños, que lo ven revoloteando, salen detrás de él, y con saltos y vuelos cortos, se encontró con el caño de la casa vieja que, aunque por él ya no corrían las aguas residuales, todavía existía sirviéndole como refugio. De pronto sintió un alivio porque creyó que se había salvado de los atropellos de los niños, pero desgraciadamente no fue así.

-¡Se ha metido aquí, en el caño! - Dice el que más cerca de él corría.

Por un momento decidieron desistir de él, pero la suerte la tenía echada.

Uno de los niños dijo: "Vamos a coger un cartón; yo me tenderé en la acera muy quieto y tú, a lo lejos observarás que el padre lo llamará con sus chirridos al escucharlo piar tristemente, y cuando éste salga me haces una señal poniendo yo el cartón rápidamente en el túnel, y así podemos cogerlo.

El ingenio y la habilidad les fueron perfectos.

Fuerte, que no quitaba ojos de lo que estaba ocurriendo, insistía una y otra vez a dar pasadas volando y chirriando por las cabezas de los niños a ver si les hacía cambiar de ideas y poderle salvar la vida a Pinito.

Alerta el del caño esperando la señal, no se hizo esperar; les salió tal como lo habían pensado, ya que Pinito, además de escuchar las llamadas de su

padre, se agobiaba en ese oscuro zurrón. Lo cogieron y Fuerte, destrozado por todo el esfuerzo que había hecho y el disgusto que tenía, sólo pudo volar hacia el paraíso y consolarse únicamente con ver a Linda y sus otros dos descendientes, sin contar nada de cuanto había ocurrido, ya que ese posible destino entre ellos está asumido.

Como está dicho, los niños cogieron al diminuto pajarillo y se lo llevaron alegres y contentos por la hazaña que habían realizado, y fueron a la casa de Jonás que era la que estaba más cerca, cogieron una cuerda y lo amarraron por una de sus patas. Volvieron a la calle y lo soltaban para que volara.

Pinito en su intento de querer escapar, volaba ansioso pero este sólo tenía libertad en el recorrido que la cuerda le permitía ayudado, además, por la carrera de los críos. Así una y otra vez, hasta cincuenta veces. Ya Pinito no tenía fuerza para mover las alas. Los niños turnándose a ver quién lo hacía volar más tiempo, lo impulsaban, pero se venía abajo quedando suspendido en la cuerda como el péndulo del reloj.

Ya cansados los niños de tantas carreras y disfrutar sin pensar en el daño que le estaban haciendo a Pinito, incluso estuvo a punto de morir, decidieron volver a casa, cogieron una caja de zapatos de cartón, les hicieron varios agujeros en la tapa, y una vez terminado el proceso, le quitaron la cuerda de la patita, ya que ésta la tenía bastante dañada, y lo introdujeron en la caja quedando relajado aunque fuera en un espacio tan reducido.

En la casa había un gato. Este, con su carita de dócil, no quitaba ojos de encima a todos los movimientos que los chavales hacían.

¡Ten cuidado con el gato!, ponlo arriba del aparador - exclamó Darío con gran ímpetu.

Y así lo hicieron. Salieron hacia la calle a echar otro ratito de ocio inconsciente del desenlace que iba a ocurrir.

El felino no quitaba ojos de encima porque sabía por su olfato lo que dentro tenía, y éste, acurrucado en el asiento de una silla, esperaba una oportunidad paciente puesto que le era imposible subir a lo alto del

mueble pasando desapercibido. Al cabo de largo tiempo, de pronto escucha unos golpes en la caja; Pinito se había recuperado un poco de su fatigado ajetreo y empieza a pegar saltos en la caja, cada vez más fuertes y continuos al ver la luz por los agujeros. En uno de estos, la tapadera de la caja saltó por los aires. El gato se pone en guardia en la silla mirando sin pestañear a la improvisada jaula; por un momento nada se siente, y todo se quedó en pleno silencio, sin escucharse una mosca y sin presentir que iba a ocurrir lo inesperado.

Pinito, con su cola erguida, se sube al filo de la caja y mira hacia dos puntos de luz que a sus ojos llegaban; eran la puerta del corral y la de la calle. Estudiando el recorrido, ya que tenía poca experiencia en el vuelo, y viendo que la del corral estaba más cerca, éste, sacando fuerzas de flaquezas, intentó el último esfuerzo de su vida sin pensar lo que le iba a ocurrir. No contaba con su devorador directo que estaba en la silla junto a la puerta del corral; con el nerviosismo, no se percató de él, del que ya, por primera vez en su nido, gracias a Fuerte, se había librado de sus garras, puesto que éste lo burlaba una y otra vez engañándolo e introduciéndose el padre en los falsos huecos de canales de la vieja casa.

El gato, se estaba percatando de lo que iba a ocurrir, ya que hazañas parecidas las había superado en muchas ocasiones.

Pinito decide intentarlo, y vuela con un esfuerzo increíble hacia la puerta del corral, pero el astuto felino da un salto acrobático, arrebatando a Pinito en el aire y acabando con su vida, sin darse cuenta el pajarillo de lo que había ocurrido.

El cuadrúpedo, después de comerse el manjar más deseado después de los ratones y sin dejar rastro alguno, volvió a la silla tranquilo frotándose con sus manos su hocico y su cara de bueno como si nada hubiera pasado. De pronto, sobrevino la bulla de los niños, que en este caso eran tres, porque otro amigo se había agregado a la pandilla; éste se llamaba Miguel al cual le iban a enseñar el desafortunado y pobre gorrioncillo. Pero cuál fue la sorpresa que cuando llegaron al portal se encontraron la tapadera de la caja en el suelo y la improvisada jaula estaba a punto de caer del rústico mueble, vacía sin el inocente cautivo.

¡Se ha escapado!- gritó Jonás.

Es igual, es mejor así.- De todas formas se iba a morir ya que a mí me ha pasado en otra ocasión- respondió Darío que fue el último que lo tuvo en sus manos, temblando de miedo el animal.

El gato, enroscado como un erizo en el asiento de la silla, les movía el rabo como si fuera un plumero en son de paz y amistad, y ellos les pasaban la mano por su fino pelo, acariciándolo mientras éste los miraba con cara de felino, pensando en la inocencia de los niños que nunca podrían imaginar la hazaña que había superado el gran oportunista.

Sin mediar palabras, se volvieron muy contentos saltando de alegría y corriendo hacia la calle por el corredor de la casa, todos alegres, pensando que Pinito se había salvado de la muerte.

Pero los que sí se salvaron de la muerte fueron Lula y Polito, que siguieron los consejos de sus padres viviendo en un paraíso feliz, creciendo hasta ser adultos y procreando para que su especie no desaparezca, haciendo su nido en el tejado de la vieja casa, que era la idónea para esos alegres habitantes voladores.

No intentes cambiar de rumbo,

Escucha a tus semejantes,

Sigue siempre sus consejos

Y así evitarás desastres.